

El impacto psicológico del asedio en Gaza

La situación excepcional de confinamiento y asedio que sufre Gaza desde hace ya más de dos años empieza a merecer la atención no sólo de los organismos que se ocupan de la protección de los Derechos Humanos, sino también de los expertos y profesionales de la salud mental y el bienestar psicológico.

A esa creciente atención se ha sumado en los últimos meses el rechazo internacional al brutal ataque del ejército israelí contra la población civil de la franja. Entre esas reacciones no han faltado las surgidas desde el entorno profesional de la Psicología: la advertencia de Psychologists for Social Responsibility acerca de los riesgos de la guerra, el Primer Informe Psicológico sobre Gaza hecho público por la Arab Federation of Psychiatrists (ambos publicados en Infocop y disponibles on-line en <http://www.infocop.es>). En lo más cercano, también el Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental publicó en su web el pasado 22 de enero una declaración a favor del respeto a los Derechos Humanos en Gaza (<http://www.cop.es/dele-gacil/andocci/es>).

Apuntes de Psicología se suma a esas iniciativas publicando el artículo "No hay lugar para ser un niño en Palestina", relato de corte autobiográfico de su autor, Mohamed Altawil, investigador becado en la Universidad de Hertfordshire (Reino Unido), donde recientemente ha defendido su doctorado con una investigación sobre "Los efectos de las experiencias traumáticas crónicas en los niños palestinos de la franja de Gaza" y es director del International Palestine Trauma Centre for Victims Welfare.

No hay lugar para ser un niño en Palestina

Mohamed ALTAWIL

Universidad de Hertfordshire

International Palestine Trauma Centre for Victims Welfare

Soy un palestino cuya familia vivió durante generaciones en el pueblo de Al-Maghar. Hace sesenta años, durante el *Nakbah* (Catástrofe), mis abuelos y toda su familia fueron expulsados de Al-Maghar, desterrados y enviados a las chabolas y calles estrechas de un campamento de refugiados a más de 100 kilómetros de distancia. Después de sesenta años aún sienten la amargura de esa pérdida y ven sin remedio cómo las llamas de esa tragedia continúan ardiendo. Desde pequeño me acostumbré a vivir en una de esas casas mal construidas del campamento de refugiados, pero cuando me hice mayor y fui consciente del descontento que había en mi familia, atosigaba a mi padre con preguntas:

¿Por qué no tenemos jardín? ¿Por qué tenemos goteras en invierno? ¿Por qué nos vamos a la escuela sin desayunar y sin dinero? ¿Por qué dormimos los diez en una habitación? ¿Por qué no hay calefacción ni en casa, ni en la escuela? ¿Por qué nos meten a 50 alumnos en un aula tan pequeña? ¿Por qué aquí no hay un parque infantil? ¿No podemos tener agua corriente? ¿Por qué no nos dejan viajar a donde queramos? ¿Por qué se oyen ruidos tan fuertes durante toda la noche? ¿Vendrá el ruido del bulldozer hacia nosotros hoy? ¿A quién han asesinado hoy? ¿Por qué dejas que los soldados te humillen en los puestos de control? ¿Toda la gente en el mundo vive como nosotros? ¿Por qué han borrado nuestro país del mapa de la biblioteca?

A menudo él me respondía con lágrimas en los ojos. “Somos las víctimas de una violenta ocupación. Como un cáncer, se extiende sobre todos los aspectos de nuestras vidas. ¡Ay, hijo mío, ten cuidado! No hagas que la violencia caiga sobre ti”.

Nací en 1973 y poco a poco me di cuenta de todo este sufrimiento en los estrechos callejones del campamento. A los catorce años ya no podía soportar los abusos de los soldados del ejército de ocupación. Desoyendo las advertencias de mi padre, buscaba vengar nuestra humillación,

Dirección del autor: School of Psychology, College Lane, Hatfield, Hertfordshire AL10 9AB (Reino Unido). Correo electrónico: m.altawil@herts.ac.uk

Este artículo fue publicado originalmente en inglés: Altawil, M. (2009). No Space to be a Child. *Children in War: The International Journal of Evacuee and War Child Studies*, 1 (6), 57-63. Traducido y publicado con autorización del director y la editorial de la revista *Children in War*. Traducción de Alex Ranz.

Recibido: febrero de 2009. Aceptado: febrero de 2009.

de modo que solía lanzar piedras a los bulldozers y a los vehículos blindados mientras pasaban retumbando por las calles. Con mis hermanos y mis amigos perseguíamos los vehículos blindados y a los soldados de un lugar a otro, creyendo que estábamos expulsándolos a todos de nuestra tierra. Tan pronto como escuchábamos el retumbar de sus motores, reuníamos trozos de escombros y los amontonábamos en diversas partes del campamento. Luego nos escondamos y, en cuanto veíamos venir a los soldados, salíamos apresuradamente y les tirábamos piedras. Este era nuestro juego favorito. No teníamos ninguna parte para jugar a juegos organizados y el fútbol en la calle era demasiado peligroso.

Los miembros mayores de nuestra familia y los vecinos continuamente nos advertían de que eran incapaces de protegernos de los peligros de la ocupación. "No tenemos una policía o un ejército nacional", decían. Así pues, en nuestra mente, nos convertimos en el ejército nacional; éramos "Los niños de piedras" protegiendo nuestro campamento y resistiendo a los soldados de ocupación. Éramos Robin Hood luchando por la justicia, o los indios americanos defendiendo la frontera de los blancos invasores. No se trataba solamente de un juego, era en realidad un juego de muerte, un juego que liberaba nuestra ira y nos daba la emoción y el orgullo de sentir que estábamos protegiendo a nuestra comunidad, cuando la generación de más edad no podía. Yo era demasiado joven para comprender sus consecuencias a pesar de que algunos amigos míos resultaron muertos o heridos o discapacitados de por vida.

Ocurrió que durante una de estas actividades diarias de arrojar piedras, los soldados comenzaron a perseguirme. Había estado lanzando piedras contra ellos y mi puntería era buena por la práctica. Me volví y corrí, esquivando para evitar las balas y evadir la captura. De repente mi hombro y espalda fueron alcanzados en varios lugares a la vez.

Habían disparado una bala de plástico que, para pararme, se había roto en varios pedazos con el fin de lesionar, pero no matarme. Me caí, pero inmediatamente me levanté. Seguí corriendo, aunque sentí que mi camisa pegándose a la sangre que se vertía de mi espalda y cabeza. No sentí nada de dolor porque la emoción, el miedo y el orgullo me obligaban a seguir y corrí hacia la valla de una finca que estaba situada en el borde de nuestro campamento. Salté y escalé, pero mi pierna se atascó en la áspera pila de madera, espinas y metal. Una mano agarró mi camisa, me arrancó de la valla y me arrojó al suelo. Grité y pataleé y los soldados me golpearon fuerte. En ese momento mi sangrado era grave, pero los soldados seguían dándome puñetazos. Me volví más débil y mis airadas protestas se convirtieron en sollozos. Estaba empezando a perder el conocimiento cuando tiraron de mis brazos hacia arriba y un soldado tiró de mí por las manos y me arrastró hasta donde el oficial en funciones estaba esperando.

Durante todo esto las personas en mi campamento miraban sin remedio. Muchos gritaban en indignación por lo que estaba sucediendo y este enfado me ayudó a dejar de llorar de dolor por los arañazos y el maltrato que sufrían mis tobillos al ser arrastrados por los baches de la carretera. De repente, los hombres, las mujeres y los niños comenzaron a lanzar piedras, intentando que los soldados me liberaran. Fui soltado en el medio del campamento y luego golpeado otra vez para disuadir a la gente de lanzar de piedras. Pero las mujeres de mi familia y después los vecinos corrieron hacia los soldados y les atacaron con sus propias manos. Algunas de estas mujeres llegaron a donde estaba el oficial y le gritaron: "¡Suelte al muchacho! ¡Suéltele! Si no morirá y será su culpa" Esto debió tener efecto ya que los golpes de repente pararon y poco después me encontré ingresado en el hospital.

Unas semanas antes de recuperarme y cuando regresé al campamento mis amigos me trataron como un héroe. Mi padre, sin embargo, no estaba contento. Había hecho caso omiso de sus advertencias y le había desobedecido. Cuando, más tarde, mis hermanos mayores salieron para lanzar sus piedras a los soldados, mi padre me encerró en una habitación en la planta de arriba. Yo sabía que lo hizo por amor y un verdadero miedo por mi seguridad, pero aún así salí por la ventana, me deslicé por la tubería y corrí para unirme a mi hermanos en la calle. Esa noche, cuarenta personas resultaron heridas y durante el toque de queda me arrastré a través de la oscuridad de calle en calle para evitar a los soldados que me detendrían. Como era menor de edad, si me capturaban pondrían una multa a mi padre. Cuando llegué a nuestra casa, salté al tejado y bajé sigilosamente al interior, con la esperanza de que todo el mundo estuviera dormido. Mi padre y madre, sin embargo, estaban despiertos esperándome. No se habían ido a la cama. Se trataba de un trabajo a tiempo completo para ellos, el protegerme a mí y a mis ocho hermanos. Había hecho caso omiso de sus advertencias, incluso durante las horas del toque de queda. Esa noche me dieron una severa advertencia final. La siguiente vez que traté de salir a participar en el lanzamiento de piedras, mi padre me sujetó y entonces, por primera y única vez en su vida, me pegó.

Cuando me hacía mayor, me empecé a cansar de nuestros juegos. Además, vi que iba bien en la escuela y al aprender más me di cuenta de que el conocimiento era otro tipo de arma. Me hizo sentir fuerte. Reforzó mi identidad. El crecimiento del entendimiento me hizo ver la posibilidad de ayudar a nuestro pueblo y de resistir a la ocupación de una forma más sutil que lanzando piedras. Sin embargo, no puedo culpar a los niños que todavía arrojan piedras. Su ira y sus acciones constituyen una forma de terapia y se han convertido en un símbolo en todo el mundo de revuelta inocente contra la injusticia. La raíz del problema no es el lanzamiento de piedras, sino la ocupación que ha robado su infancia.

Comencé a estudiar duro y encontré un camino que me llevaría a mi papel activo en la ayuda para que los palestinos se mantengan firmes frente a la humillación y la opresión. La comprensión de la Historia y la búsqueda del conocimiento en Ciencias de la Psicología han producido ya resultados sobre el terreno en Gaza. Este trabajo va a continuar durante muchos años.

Como obtuve excelentes resultados en la escuela secundaria y mi familia tenía poco dinero, recibí una beca de estudios de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestina en Oriente Próximo (UNRWA) para convertirme en maestro. Mi esperanza era que tendría suficiente dinero para mantener a mis padres. Necesitaba ir a Ramallah, en Cisjordania, para completar mis estudios, pero debido a la ocupación encontré obstáculos allí donde me decidiera a ir. Viajar entre Gaza y Cisjordania ha sido siempre difícil y durante la primera Intifada (el levantamiento entre 1987 y 1993) me impidieron por un tiempo salir de Gaza.

Viajar ha sido una de las principales restricciones a la que nos enfrentamos en Palestina. Debido al muro, a las vallas, a los puestos de control y al interminable papeleo que conlleva obtener un pase, hay una barrera entre Gaza y nuestros parientes o amigos en Cisjordania. Podemos esperar una hora o un día o una semana o un mes o un año para obtener permiso para viajar a la otra región en nuestro propio país. Un único soldado puede evitar que miles de personas crucen un puesto de control. A un único soldado se le da el control sobre la vida cotidiana de miles de personas que necesitan llegar al trabajo o llegar a un hospital o ir a la

escuela. Una vez vi a un anciano que estaba muriendo esperando bajo el calor en un punto de control para cruzar y regresar con su familia. Otra vez vi a una mujer embarazada dar a luz al lado de la carretera en un puesto de control después de que un soldado se negara a dejar pasar a nadie entre la zona norte y el centro de la Franja de Gaza. No me sorprendió, por lo tanto, ver mis estudios frenados por la ocupación.

Más tarde, cuando terminé mis exámenes finales en Ramallah en 1993, no podía obtener permiso para regresar a casa. Así que intenté viajar a través del puesto de control con el carné de identidad de un amigo. El plan fracasó y fui detenido. Cuando fui detenido, intentaron que firmara algo escrito en hebreo. Les dije que no sabía leer hebreo. Me dijeron, "Fírmalo de todos modos". Yo dije: "¡No!" porque pensé que probablemente se trataba de una declaración de confesión. Entonces uno de ellos me golpeó en la cabeza y me dijo que firmara. Me negué y él me golpeó una y otra vez. Incluso hoy todavía tengo problemas en mi oído izquierdo por esta paliza. Después de un mes en la cárcel, dijeron que sería puesto en libertad por el pago de 500 dólares. Yo sabía que mi familia tendría que vender muchos bienes para recaudar esa suma. Por lo tanto, me negué a dejar que esto sucediese y permanecí otros dos meses en la cárcel.

El período que siguió fue muy duro. Yo estaba trabajando como docente en las escuelas del UNRWA para ganar dinero para mí y mis padres mientras que, al mismo tiempo, estaba haciendo mis estudios de postgrado en salud mental a una universidad egipcia. Había decidido que debía aprender más sobre psicología, porque los niños a los que estaba enseñando en Gaza estaban sufriendo gravemente debido a la ocupación y quería ser capaz de ayudarles. Durante mi trabajo como orientador escolar en la Franja de Gaza vi a muchos de los niños palestinos que habían estado expuestos a diario a experiencias traumáticas desde el comienzo de la segunda Intifada, que comenzó el 28 de octubre de 2000. Claramente sufrían de trastornos psicológicos, sociales y educativos tales como: insomnio, miedo a la oscuridad, fobias, depresión, enuresis, retraimiento social, interacción social negativa, comportamiento agresivo, trastornos crónicos en la memoria y absentismo escolar. Estos eran indicadores alarmantes de que tener una infancia normal en Palestina era improbable en las circunstancias actuales y que el futuro bienestar psicológico de los niños palestinos se veía comprometido por el curso de las experiencias traumáticas.

Comencé a estudiar durante muchas horas después de la escuela y viajé a Egipto para ver a mi tutor durante las vacaciones de verano. En cuanto recibí mi título de Master, comencé a trabajar también como profesor a tiempo parcial en una universidad de Gaza. Llevaba una vida tan ocupada que no tenía ni tiempo para ver mis amigos; algunos llegaron a pensar que me había ido fuera. En 2001, empecé a preparar un doctorado. Pero mi familia estaba preocupada. Tenía casi 28 años y pensaban que era hora de que me casase. Traté de decirles que no tenía tiempo. Continuaba persiguiendo mi siempre deseado sueño de aprender tanto como pudiera para poder ayudar a curar las heridas causadas por la ocupación. Era como si la ira que me había hecho tirar piedras, se hubiese convertido en necesidad de estudiar. Si no tenía tiempo ni para aprender a conducir, mucho menos para pensar en casarme, sería demasiado injusto para mi esposa. Poco a poco, sin embargo, me di cuenta de que mi vida no tenía por qué ser todo trabajo y, habiendo encontrado a la persona adecuada con la ayuda de mi familia, me casé en agosto de 2002. En septiembre de 2003, caminé a medianoche - los dos últimos kilómetros cruzando a través de disparos - hacia el hospital donde nació mi hija.

Las becas del Programa Internacional de la Fundación Ford son muy pocas y fui muy afortunado, después de un largo y difícil período de selección, de ser una de las diez personas a las que ofrecieron una beca en 2004. Esto era para hacer otro doctorado, esta vez en psicología clínica, un título que era a la vez raro y muy necesario en Gaza. Por supuesto, ahora tenía que tomar una decisión difícil. Tendría que ir a estudiar al extranjero, dejando a mi esposa y pequeña hija en casa con la familia de mi esposa. También sabía que sería difícil para mis padres, sobre todo para mi madre enferma. Pensé, sin embargo, que debía ser capaz de volver con regularidad para verles y, que, cuando llegara el momento oportuno, y mi esposa completara su grado, mi familia sería capaz de venirse conmigo a Inglaterra. Pero los acontecimientos en Gaza pronto hicieron esta esperanza una imposibilidad.

Desde el *Nakbah* en 1948 hasta ahora sólo ha habido nueve años en mi país sin guerra, conflicto o levantamiento. En 2000, tras el ataque a la mezquita santa de Al-Aqsa por parte de los soldados de ocupación, una segunda Intifada se propagó a través de los territorios palestinos y provocó que el ejército israelí pusiese aún más obstáculos y dificultades. Así, a pesar de que se hicieron acuerdos para permitir la salida de Gaza de tres estudiantes de la Fundación Ford a través de la AMIDEAST (*America-Mideast Educational and Training Services*), los israelíes se negaron a permitirlo. A causa de la Intifada, la Franja de Gaza estaba bajo bloqueo. Fue un shock para nosotros tres. El cruce de Rafah era la única vía para el acceso de la población de Gaza al resto del mundo. Ya no teníamos aeropuerto. El bloqueo dejó a los barcos en el mar. Una valla de alambre, un muro alto y torres de vigilancia nos enjaulaban de Israel. En Rafah, en 2004 fuimos dejados a nuestra suerte durante tres semanas, durmiendo en el suelo de una casa desierta y a medio construir. No tenía puertas, techo ni ventanas. Regresar a la ciudad de Gaza significaba que podríamos perder la oportunidad de que abrieran el cruce fronterizo, por lo que dormimos en este lugar durante 21 días esperando el momento en que, por capricho de un joven soldado israelí, nos dejaran pasar. La indignidad de esa espera nos enojó a muchos. Fuimos tratados peor que a animales. ¿Dónde estaba el respeto o la decencia? No era de extrañar que muchos de nosotros nos volviéramos violentos ante tal humillación. Debido a estos retrasos, casi perdimos la oportunidad de una beca: deberíamos haber llegado a Londres en septiembre de 2004, pero nos retrasaron hasta noviembre.

Al final, sin embargo, pudimos viajar desde el aeropuerto de El Cairo a Londres. En Gaza había entrado muy poco correo y el acceso a internet era limitado, así que había poca información sobre la universidad de la que iba a formar parte. Aun así conseguí abrirme paso y, tan pronto como llegué a la Universidad de Hertfordshire, cambié el tema de mi investigación de la cuestión general de la depresión, a uno que estudiaría específicamente los efectos del trauma en los niños palestinos. Ello fue para que pudiera pasar a diseñar y desarrollar programas que pudieran implementarse de inmediato para ayudar a los niños de Gaza.

Otra sorpresa me esperaba en el centro de inscripción en la universidad: descubrí que me habían registrado como ciudadano israelí. Objeté a esto y les mostré claramente que mi pasaporte me identificaba como palestino. Se disculparon, pero todo lo que pudieron hacer fue sustituir "Israel" por "Nacionalidad o nación desconocida". Y así permanece hasta el día de hoy. La razón de esto es que el sistema informático no incluye Palestina. Tuve el mismo problema cuando abrí una cuenta bancaria y vi, una vez más, que parece no existir un país llamado Palestina. El nombre de mi país y mi nacionalidad habían sido borrados. Un amigo de la universidad al que

había comentado a lo doloroso que era todo esto me regaló un globo terráqueo donde aparecía claramente "Palestina" escrita en él. Por un momento me hizo feliz, pero él me aclaró: "Es un mapa antiguo y por eso el nombre de Palestina está ahí".

Con el fin de venir a Inglaterra para estudiar, había dejado a mi esposa y a mi hija pequeña de un año. Durante un corto tiempo, pude volver a verlas en las vacaciones. Pero en junio de 2006, el soldado israelí Gilad Shalit fue capturado por los militantes palestinos y el bloqueo se intensificó. No podía conseguir ir a verlos en absoluto. Mi hijo pequeño nació en enero de 2007, pero no pude verle hasta un año después.

Mientras tanto, mi familia me decía que la vida en Gaza se había hecho más difícil de lo que había sido antes y no parecía haber ninguna vía de escape: si ibas a una farmacia no encontrabas ningún medicamento, incluso si podías permitirte el lujo de pagarlo. No podías encontrar fruta o leche para tus hijos. Había cortes de energía continuamente, a menudo sólo había cuatro horas de electricidad al día, a veces ninguna. Los enfermos morían mientras esperaban el permiso para pasar por los puestos de control israelíes y llegar a un hospital. Cuando alguien moría, a menudo era imposible encontrar un ataúd o cemento para construir su tumba. Los servicios médicos tenían grave escasez de equipamientos. Los niños jugaban en los peligrosos escombros de las casas arrasadas. Nadaban en el agua contaminada cerca de las playas donde las aguas residuales no tratadas eran vertidas al mar. Imitaban el conflicto con armas caseras reales, muchas veces hiriéndose mutuamente en estos juegos. La vida en Gaza se estaba convirtiendo en una muerte lenta.

Mi esposa necesita un tratamiento urgente para la vista. Presenté una solicitud para sacarla de Gaza por razones humanitarias. Ni la Autoridad Palestina ni la Cruz Roja pudieron persuadir a los israelíes para concederme el permiso. Entonces pedí ayuda al UNRWA, y me dijeron que tenía que obtener aprobación para pasar a través de Jordania. Después de dos meses de espera recibimos la aprobación de Jordania, pero, una vez más, la parte israelí negó la solicitud. Como último recurso contactamos con la Embajada Israelí en Londres para explicar la situación de mi esposa, pero una vez más la ayuda fue rechazada. La situación llegó a ser desesperante.

Entonces se produjo un acontecimiento que lo cambió todo. Oí en las noticias que la ira de la población de Gaza finalmente explotó. Ya no podían soportar el hambre y la privación. Nadie estaba ofreciendo ningún tipo de ayuda - ni siquiera los países árabes vecinos, que simplemente se mantenían al margen mientras la gente moría. Por lo tanto, ante la desesperación, la gente hizo agujeros en el muro fronterizo entre Gaza y Egipto. En primer lugar hicieron explotar varias bombas para hacer pequeños agujeros; luego intervinieron los bulldozers para agrandar los agujeros para que la gente pudiera pasar. Se hicieron túneles a lo largo de un trecho de doce kilómetros de muro para que a los egipcios fuera difícil para cerrar la frontera. Después fue como si hubiera explotado una presa. Una fuerza imparable de decenas de miles de palestinos fluyó a las ciudades egipcias de la frontera de Rafah y Al-Arish, a fin de comprar productos de primera necesidad y medicinas.

Esto sucedió el 23 de enero de 2008. Yo estaba en mi oficina en la Universidad de Hertfords-hire trabajando durante la noche en mi ordenador cuando se publicó la noticia. Y de repente aquí estaba mi oportunidad: debía irme de inmediato y, si todo iba bien, vería a mi esposa y mi hija pequeña por primera vez en dieciocho meses y varía por primera vez a mi hijo bebé de un año. Escuché las noticias en Al-Yazira durante toda la noche y, por la mañana, me puse

en contacto con mi esposa y le pedí que se fuera rápidamente y saliera de Gaza hacia Egipto, como estaba haciendo tanta gente. Esto era importante porque Estados Unidos e Israel insistían en que las fronteras debían cerrarse de nuevo.

Tuve la suerte de tener un visado válido y rápidamente encontré un asiento en un vuelo a Egipto. Me puse en contacto con mi familia, que había hecho su camino sorteando con gran dificultad la frontera a través de los escombros y trataba de avanzar, como otros miles de personas, a donde pudieran obtener un coche que los llevara a Al-Arish. Llegué al aeropuerto de El Cairo esa misma noche. No me atreví a arriesgarme a decir a las autoridades el verdadero motivo de mi viaje. Dije que estaba viajando como estudiante, pero aún así demoraron mi admisión más de dos horas. Finalmente pude llegar a un hotel en El Cairo y contactar con mi familia que se encontraban ahora segura en una casa muy concurrida de un familiar en Al-Arish. Conduciendo durante tres horas podría estar con ellos. Pero no iba a ser tan fácil. Tan pronto como se violó la frontera, se establecieron más de quince puestos de control dirigidos por fuerzas de seguridad egipcias en la carretera que unía El Cairo y Al-Arish, para asegurarse de que los refugiados de Gaza no pudieran viajar a El Cairo. Cualquier persona que fuera descubierta haciéndolo sería encarcelada. Y era igualmente difícil viajar en la dirección en que quería ir. Entonces, ¿cómo iba a llegar a mi familia? Las autoridades palestinas en El Cairo me dijeron que no habría manera de que yo cruzara, pero no iba a dar marcha atrás ahora.

Pensé en varias formas diferentes de atravesar los puestos de control. Consideré la posibilidad de utilizar la enfermedad de mi esposa para obtener una ambulancia e ir con ella, pero esto resultó imposible: a ningún palestino se le permitía viajar para visitar a los familiares refugiados bajo ningún concepto. Pasaron tres días y me enfadaba y deprimía cuando me enteraba por mi esposa que las condiciones eran muy malas en Al-Arish. Había un hacinamiento tan grave que la gente dormía en las calles a pesar de que era un frío invierno. También a mi hijo bebé estaba enfermo y el estado de mi esposa estaba empeorando. Ella estaba tan descontenta con todo esto que quería regresar a Gaza. Se me estaban acabando las ideas, pero logré convencerla de que debía quedarse una noche más: si no lograba idear una solución antes de la tarde siguiente ella podría rendirse y volver. Hasta este momento había sido honesto y había declarado mi nacionalidad Palestina. Ahora me di cuenta de que tenía que probar otra manera: cogí el metro para llegar a una estación de minibús fuera de El Cairo, calculando que para que mi plan funcionase necesitaría viajar en un autobús abarrotado y por la noche. Iba a hacerme pasar por egipcio así que necesitaba hablar lo menos posible a fin de que mi acento no me delatase, y tenía que sentarme en medio de mucha gente de manera que el carné de identidad falso que esperaba usar (que era en realidad mi tarjeta de personal de la Universidad de Hertfordshire) sólo fuera ojeado por encima.

Se nos detuvo en siete de los puestos de control y, milagrosamente, mi plan parecía estar funcionando. Los otros palestinos fueron identificados y bajados del autobús, pero de alguna manera yo pasé. Luego llegamos al último y más estricto de los puestos de control y, para mi horror, se nos pidió que saliéramos del autobús para ser revisados individualmente. Mi falso carné de identidad 'egipcio' posiblemente no sobreviviría a un estrecho escrutinio, así que tuve que cambiar mi táctica. Ahora descubriría si mi fiel tarjeta universitaria apoyaría mi nueva afirmación de ser un ciudadano británico. Los funcionarios parecían razonablemente satisfechos con este carné de identidad, pero me dijeron que necesitaba un pasaporte. Así que

les dejé echar un rápido vistazo a mi visado británico y lo aceptaron. ¡Había pasado! De las once personas que había en un principio en el autobús sólo quedaron siete, seis de las cuales eran verdaderamente egipcias.

Al llegar a Al-Arish, pude ver lo que estaba haciendo a mi esposa tan infeliz. El hacinamiento era peor de lo que había visto antes, incluso en los campamentos de refugiados. Así que decidí intentar alquilar una habitación de hotel o un apartamento incluso antes de tratar de ponerme en contacto con mi familia. Nadie alquilaba habitaciones a un palestino entonces, así que seguí pretendiendo ser británico y finalmente encontré un sitio donde podía esconder a mi familia y tener unos pocos días de la paz, mientras arreglábamos todos los documentos que serían necesarios para que pudieran viajar. Los precios se habían vuelto locos desde que la frontera fue violada. Ahora me costaba alquilar un piso por un día tanto como costaba antes alquilar un piso durante tres meses enteros.

Por fin estaba preparado para contactar con mi familia. Les pedí que fueran a la plaza del pueblo y fui a reunirme con ellos allí. Como el resto de lugares, la plaza estaba muy abarrotada y no podía verles. Esperé. Después de todos los obstáculos, les iba a ver al fin. ¿Qué apariencia tendrían ahora? ¿Cómo me saludarían? Mi hija pequeña se había negado a hablar conmigo por teléfono durante todo el periodo que había estado fuera, pues no podía entender por qué su papá la había dejado durante tanto tiempo. Y el hijo al que nunca había visto. Mi mente se mantenía ocupada imaginando, como en un sueño, cómo me sentiría al cogerle. Pero para él sería como si estuviera en brazos de un extraño. A través de la multitud, me pareció verles caminando hacia mí. Entonces estaba seguro de que eran ellos. Corrí hacia ellos, lleno de felicidad. Tomé a mi pequeño hijo de los brazos de mi esposa y le abracé como lo había querido hacer desde hace mucho tiempo. Este fue un momento de gran felicidad pero también de tristeza y de ira ardiente. No había podido viajar a verles desde hace dieciocho meses y ahora mi hijo no me conocía y no quería que le cogiera; mi hija se mostraba muy tímida de estar cerca de mí y mi esposa parecía cansada y enferma.

La tradición exigía que debiéramos volver a pasar una noche en la casa abarrotada de mis familiares antes de ir a nuestro apartamento. Lo mejor de ese día fue que, más tarde, pude ir a dar un pequeño paseo solo con mis hijos, que estaban empezando a aceptarme. Hablé con ellos y les traje regalos, y poco a poco pude sentirles volviendo a mí. Pero esto me recordó un viaje más importante que debía hacer: no había visto a mis padres durante dieciocho meses; estaban demasiado frágiles para viajar y quizá ésta sería mi última oportunidad de verlos. Mi esposa y todos los familiares estaban muy en contra de mi entrada en Gaza: entrar sería bastante fácil, pero había muchos soldados egipcios concentrados en la frontera para evitar la salida de más palestinos de Gaza.

Las historias procedentes de la frontera eran de violencia y asesinato. La situación era muy arriesgada, pero tenía que equilibrar los riesgos. Sería terrible que, ya que mi esposa y familia se habían escapado de Gaza, yo me convirtiera en prisionero, pero sería igualmente terrible llegar tan cerca de Gaza y no ver a mi madre y mi padre. Tuve que caminar los dos últimos kilómetros de la frontera a través del polvo y los escombros y entre las multitudes de personas regresando con ovejas, latas de gasolina, alimentos y medicinas. En la frontera vi algo que nunca había visto en toda mi vida: el agujero en el muro se había hecho lo suficientemente grande como para que los coches pudieran pasar a través de él en ambas direcciones.

Por primera vez desde 1967, y durante sólo dos días, los coches pudieron cruzar la frontera. Crucé el muro a través de ese agujero y puse mis pies en la tierra de mi país de origen de nuevo. Me hubiera gustado besar el suelo, pero no había tiempo ni espacio para hacer esto en medio de la multitud.

Continuando mi marcha llegué al campamento donde viven mis padres, en el que había cada vez menos gente. La zona estaba casi desierta, todas las personas jóvenes y fuertes parecían haberse ido a Egipto, sólo quedaban los ancianos. El reencuentro con mis padres fue muy feliz y muy triste. Teníamos tanto que decir y tan poco tiempo para decirlo. Nadie sabía cuánto tiempo se mantendría la frontera abierta y cada hora que me quedaba aumentaba el riesgo de que no pudiese volver con mi familia. Así que, después de dos horas, y con lágrimas en los ojos, mi padre me dijo que ya era hora de que me fuera. Y esta vez tuve suerte: la frontera seguía estando abierta y los coches seguían pasando. Por lo tanto, con gran alivio para mi esposa, pude conseguir un coche y regresar a Al-Arish con seguridad.

Fue entonces cuando me trasladé con mi esposa e hijos al apartamento que tenía alquilado, mientras organizaba una manera de sacarlos de Egipto. La frontera con Gaza, después de haber estado abierta durante una semana, había sido cerrada de nuevo, y las fuerzas de seguridad estaban deteniendo a todos los palestinos que se encontraran en las ciudades fronterizas, independientemente de las circunstancias. Sólo pudimos quedarnos en el piso un día o dos porque la dueña sospechó que no éramos egipcios y temía que viniera la policía. Así que nos pidió que nos fuéramos.

Nos mudamos a otro piso, pero en la primera noche allí las fuerzas de seguridad golpearon la puerta en medio de la noche. Esto fue muy alarmante para mi esposa e hijos y, si hubieran sido descubiertos, habrían sido enviados de vuelta a Gaza. Tranquilamente me dispuse a ocultarles, pero mientras esperábamos en la oscuridad, escuchamos a la policía irse, habiendo asumido que el lugar estaba vacío. Así que ahora no teníamos elección. Tuvimos que regresar a escondernos a la casa de mis parientes, que estaba menos abarrotada ahora que la mayoría de los palestinos se habían visto obligados a volver de nuevo a Gaza. Había registrado los nombres de mi esposa y mis hijos en la Dirección de Seguridad a fin de que sus pasaportes pudieran ser sellados y poder salir de Egipto para Gran Bretaña. Pero después de tres semanas no había habido ningún progreso, así que decidí utilizar de nuevo mi carné de la universidad, mis visados británico y egipcio. Adapté mis métodos en función de quién se encargaba de los puestos de control y si podían entender el inglés escrito en algunos de los documentos. Se trataba de otra gran aventura: a veces me hacía pasar por un egipcio local y en otras ocasiones sería un ciudadano británico que trabajaba en Inglaterra. Logramos finalmente llegar a El Cairo y pasamos dos semanas allí tratando de obtener autorización para viajar fuera de Egipto.

El viaje había durado cinco semanas desde el momento en que llegué a Egipto hasta el momento en que los cuatro nos fuimos. Finalmente dejamos El Cairo y viajamos a Londres a finales de febrero de 2008. Tuvimos dificultades para conseguir que mi pequeña hija se subiera en el avión. Todo lo que sabía acerca de los aviones era que lanzaban bombas y mataban gente. Fue muy difícil convencerla de que este avión no llevaba bombas. Desde que ha llegado a Inglaterra a menudo se ha asustado por cosas como los fuegos artificiales y las luces de los coches, incluso por el correo que entraba a través de nuestro buzón. Ella es sólo uno de los niños traumatizados que son objeto de mi doctorado.

Cuando me fui de Gaza para venir a Inglaterra a estudiar, lo dejé todo, pero toda la gente sigue grabada en mi corazón y mi memoria. Por mucho tiempo que haya estado fuera de casa, nunca he olvidado la bandera de mi país y el dolor de sus hijos, sobre todo cuando veo los espacios verdes y zonas de juegos en este país donde los niños juegan sin temor al fuego de francotiradores o el rugido de los tanques o las restricciones del bloqueo. Yo no envidio la alegría que tienen los niños aquí. Simplemente deseo que los niños de mi país tengan algo similar a esto, o al menos la mitad, o siquiera algo de ello. Soy uno de los niños de Palestina, y ninguno de nosotros ha tenido una infancia. Nacimos todos como adultos y nuestra infancia nos ha sido robada ante los ojos del mundo libre. Así que tengo que seguir preguntando:

¿Cuánto tiempo continuará este sufrimiento y esta tragedia? ¿Dónde están las personas de conciencia? ¿Dónde está el mundo libre? ¿Dónde está la justicia y la libertad?